

PERFIL LITERARIO DE LA CIUDAD

Por *LUIS ARAUJO-COSTA*

Mi condición de madrileño, que jamás abandonó su tierra natal, me impone para la exaltación de España un tema propio de Madrid. ¿Por qué haber escogido el barrio, los alrededores, la vecindad del Palacio de Oriente? Porque ese es el núcleo, el protoplasma de Madrid.

A la Villa y antes Corte del Manzanares la hicieron los hombres, no la geografía. Por voluntad de Felipe II, ratificando aficiones y proyectos de otros Soberanos, sus antecesores en el trono de Castilla, el pretendido *Miacum* del *Itinerario de Antonino*, el *Magerit* de los árabes, el poblado vecino de Toledo que tomó Alfonso VI a la morisma antes de llevar a su corona la ciudad imperial que el Tajo circunda, se convierte en capital de España. Se halla situado casi en el centro de la Península. No es el caso de París, ni de Londres, ni de la misma Roma, inclinada en los mapas hacia Occidente. La Geometría sustituye aquí a la Geografía. Madrid, centro de España, preside a España entera en majestad y amor a las demás regiones. La Historia ayuda a la Geometría; es decir, que Madrid es un grupo geográfico humano, una villa que no pudieron determinar ni la proximidad a un gran río camino que anda, ni un centro o confluencia de vías o senderos, ni una posición estra-

tégica, ni un suelo fértil, ni cualquiera de las vicisitudes y circunstancias que van marcando la razón suficiente y el apogeo de las grandes ciudades. Madrid ha nacido y vive del hombre, por el hombre y para el hombre. La religión influye mucho más en Madrid que los componentes de su tierra. Hubo habitantes nada menos que en el prechelense, lo más antiguo y profundo del paleolítico inferior, y después se pierde toda huella humana en Madrid hasta los tiempos de Ramiro II, pues ni Miacum ni Mantua correspondieron al lugar que hoy nos alberga.

Madrid da idea de sedentarismo, nunca de nomadismo. Comienza siendo un abadengo benedictino; cosa muy natural en los años de Alfonso VI, que ha casado a sus dos hijas con dos Príncipes de Borgoña, y trae a sus Estados el espíritu de Cluny. La Villa, conforme a un fenómeno muy natural de la geografía humana —la ciencia fundada por Jean Brunhes— ha crecido en la dirección de sus vientos dominantes, esto es, hacia el Este y hacia el Sur. Si Felipe II no hubiera establecido aquí la Corte de las Españas toda esta población moderna que nos encanta no existiría. El antiguo abadengo benedictino, bajo la dependencia de Alcalá de Henares y de Toledo, tuviera importancia menor a Soria y las ciudades que la administración pública estima de tercer orden. Los Reyes y la Corte han hecho a esta villa capital del Estado y centro de civilización que no desmerece de Londres, Roma, o París. Nos falta el Támesis, el Tíber y el Sena, pero nuestro Manzanares, ya canalizado, no hace mal papel junto a Palacio, a pesar de las burlas de Quevedo. Los lienzos y los tapices de Goya le han dado el señorío, la majestad histórica y artística que parecía quitarle lo escaso de su caudal.

Palacio no es el centro geográfico de Madrid, pero sí su centro espiritual, su cabeza, su acrópolis. Lo demás es la Corte que va creciendo, el cuerpo del poblado que se va ensanchando, el imperio que dilata su acción por el horizonte, el suelo que se amolda a las necesidades de los hombres en la extensión y el empaque de una gran ciudad.

Si fuéramos a trazar una antología de edificios notables españoles, los cien mejores monumentos, como existen las cien mejores

poesías, es probable que Madrid no aportara sino el Palacio que fué de nuestros Reyes y es hoy museo riquísimo de densas manifestaciones artísticas y expresión de majestad.

No voy a escribir una historia de Madrid análoga a los cuatro tomazos monumentales de D. José Amador de los Ríos y de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. No he de dar un resumen del famoso *Diccionario* de Madoz, que redactó Eguren en lo referente a la capital de España. No voy a entrar en saco en la magnífica *Guía* de Fernández de los Ríos, ni en los libros de Mesonero Romanos que al pasado madrileño se refieren. Me faltan dotes y preparación para seguir el ejemplo de D. Elías Tormo, que es el moderno historiador de Madrid. Mi pluma carece de los colores y del brillo que en los menesteres de madrileñismo pusieron el pincel de Goya, la chispa de D. Ramón de la Cruz, el donaire de D. Ricardo de la Vega, el brío de López Silva y Antonio Casero, la elegancia erudita de Pedro de Répide... Yo no puedo servir a nadie de cicerone «del Rastro a Maravillas», pero mi amor a la Villa del Oso y del Madroño, que fué mi cuna y espero, con la ayuda de Dios, que sea mi sepulcro, me permiten, eso sí, un paseo por sus calles no del todo infructuoso para el lector, y como Palacio es el centro espiritual, el signo de la antigua Corte, el yelmo de la Villa, la unidad que va componiendo en el vocablo y la esencia la vida histórica y geográfica de una población con un solo nombre, un solo Municipio, una sola provincia y una sola diócesis, he aquí la oportunidad de situarse junto a Palacio en la Plaza de Oriente e ir mirando con ojos de madrileño amante de su villa algunas iglesias, edificios, calles y plazas de alrededor.

UNA PARADOJA: EL PALACIO Y LA PLAZA DE ORIENTE

Palacio está situado en la parte occidental de Madrid. El casco urbano termina en Palacio. Más allá del río, a la orilla derecha del Manzanares, solo hay la Casa de Campo y los Cementerios de las Sacramentales. Sin embargo, el Palacio, y la plaza en que se halla

enclavado, se llama de Oriente. Es que con respecto a Palacio, no al conjunto de Madrid, se han establecido las denominaciones. La plaza corresponde a la fachada oriental del edificio. En realidad es Plaza del límite de Oriente. El pueblo, en su tendencia a la brevedad, la concisión, el extracto, la elipsis, ha suprimido con la expresión la idea de límite, marca, frontera y fachada y ha dicho tan sólo Oriente. Después, como el Palacio está en la Plaza a la que se ha dado el mismo nombre, ha surgido la paradoja, que en el fondo no deja de tener gracia. ¿Quién ha de quitarle hoy su denominación a la Plaza de Oriente? Sería prueba de tan mal sentido y de tan mal gusto como el de elevar la Villa en el orden del derecho administrativo a la jerarquía de ciudad. No. De tenernos Dios de su mano, Madrid será siempre Villa y el Palacio y la Plaza de Oriente se llamarán así, aunque determinen la parte más occidental de la urbe. Hay una paradoja que llena su oficio, pues todos saben que los retóricos, en sus tratados de Preceptiva, estudian esta figura de pensamiento como una manera de dar al lenguaje y a los medios de expresión elegancia y brío.

Allí está la mole del Palacio de Oriente. Es moderno, aunque no tanto como la Plaza. Sabido es que el viejo Alcázar de los Reyes se quemó un día de Nochebuena, el 24 de diciembre de 1734. El primer Borbón, Felipe V, reina en España desde 1700 y ya definitivamente y conforme a un tratado internacional desde 1713. Se firma entonces en Utrecht la paz, que pone término a la Guerra de Sucesión. Felipe V es nieto de Luis XIV, pero el estilo de arte con el nombre del abuelo fué ya sustituido por la Regencia y en el ambiente de Versalles y de la Corte se incuban las gracias y elegancias del Luis XV. Vauvenargues ha dicho: para caracterizar el nuevo estilo «en moral, como en arte, se ha dejado la regla por la comodidad». En España hay una Reina italiana: Isabel de Farnesio. Todas estas circunstancias se reflejan en el Real Palacio. De Italia viene la grandiosidad majestuosa. La plaza y la iglesia de San Pedro de Roma están presentes en la imaginación de todos los arquitectos. Pasan los años y allí dentro se introducen las suntuosidades del Luis XV, sin olvidar que los tapices flamencos de los

Austrias, como los Gobelinos del Rey Sol, requieren salones inmensos. Transcurren los años y los reinados y todo ello se coordina con las porcelanas de Meissen, de Capo di Monti y del Retiro; con las eses de Tiépolo; con las escenas populares y choriceras de don Francisco de Goya; con los cristales de La Granja...

Pero no hemos de entrar en el Palacio. Lo han descrito prolijamente muy autorizadas plumas y en esas *Guías* y libros especiales se encuentra cuanto el estudioso puede desear. Me propongo, a título de madrileño, dar un paseo por el barrio de Palacio. Nos quedamos fuera, en la Plaza de Oriente, como el buen pueblo de Madrid que desde allí presenciaba o adivinaba desde el exterior las solemnidades de Corte, los uniformes brillantes, los trajes suntuosos, las largas colas de las damas, los sombreros de pluma de los dignatarios, el ir y venir de carrozas con la flor de la grandeza y la diplomacia...

La Plaza de Oriente es más moderna todavía que el Real Palacio. Data del reinado de Fernando VII. En el centro se eleva la estatua ecuestre de Felipe IV de Tacca. El caballo se mantiene encabritado, con los remos delanteros en el aire, merced a un procedimiento de equilibrio que ideó Galileo. Hoy la Plaza se ha echado a perder. Se le ha suprimido lo que no debe faltar nunca en una glorieta española: árboles, verdes praderas, macizos de flores, fuentes, senderos, arroyos serpenteantes, jardines... La estatua fontana de Felipe IV estaba rodeada de una verja y dentro gozábase la umbría de un ameno jardín. La piedra da hoy a la Plaza la aridez de un desierto. Rodeando el jardinillo central había antes las estatuas de los Reyes españoles, desde los godos hasta la misma Casa de Borbón. Se hicieron muchas con destino a la techumbre del Alcázar. Pesaban demasiado. Se desistió de colocarlas en el lugar para que habían sido modeladas y fueron repartiéndose por diversos parajes de Madrid y provincias. Las hay en el Retiro, en la Glorieta de las Pirámides, junto al Puente de Toledo y estas de la Plaza de Oriente, que ahora se han variado de sitio y se han ajustado a un orden cronológico que antes no tenían. Son monumentos de piedra

tosca, pero muy característicos, muy en la retina y muy en el alma de varias generaciones madrileñas.

Era la Plaza de Oriente con sus bancos, sus jardinillos y su arboleda un escenario ideal para los juegos infantiles. Hartzenbusch, en una de sus *Fábulas*, quiere contarles a los niños cómo los pájaros encuentran la muerte cuando se introducen volando por la bronceína boca del corcel de Felipe IV. Les dice así :

*Niños que, de seis a once,
Jugáis en torno a la fuente
Del gran caballo de bronce
Que hay en la Plaza de Oriente.*

.....

¿Quién no recuerda aquellos cochecillos que tirados por un asno daban vueltas al jardín central? Sólo podían acomodarse en ellos niños de corta edad, desde luego menores de diez años. Iban tirando de unos cordones que hacían sonar unas campanillas y en sus rostros se reflejaba de continuo la satisfacción. Era divertido tirar del cordón como el alirón de las canciones.

Aquí y allí las niñas juegan al corro. Entonan el romance de la esposa muerta aplicado a la primera mujer de Alfonso XII, Doña María de las Mercedes de Orleáns. La cantinela —a lo menos en su intención, en su letra, en su quejido— la incorporó Guillén de Castro a *La tragedia por los celos*, que se refiere a doña María de Hajar, amada de Alfonso V de Aragón, y luego el ecijano Luis Vélez de Guevara la trae a *Reinar después de morir*, cuando lloran sus versos el trágico destino de aquella Nise doliente que ha de convertirse en Nise laureada. La fábula de Hartzenbusch sobre la Plaza de Oriente y el caballo de bronce, sepulcro de alegres pajarillos, nos lleva, por asociación de imágenes, a una comedia de Lope : *El acero de Madrid*. Hoy, por fortuna, no madrugamos tanto. Nos extraña que unos niños jueguen en la Plaza de Oriente de seis a once. Es el verano. Gustan las horas matinales. Las fuentes de Madrid son ricas en hierro que fortalece el organismo. Quedan todavía de estos

manantiales salutíferos en la Casa de Campo y en algunos otros rincones madrileños. En la primera mitad del XVII se puso de moda el acudir los amaneceres estivales a «tomar un vaso de acero», como entonces se decía. Era una ocasión de ver y ser visto, de entablar amores, de poner rivalidad con un caballero por los ojos y los antojos de una dama. Algunas bellas damiselas van «al acero» pensando que en el paseo matinal puede hallarse un marido o un amante rico. Quevedo satiriza esta ilusión femenina en sus conocidos y poco inteligibles versos, si no estamos al tanto de esta costumbre :

*La morena que yo adoro,
Y al par de mi vida quiero,
Sale a tomar el acero,
Por ver de tomar el oro.*

En los tiempos de Quevedo y de Lope no existe todavía la Plaza de Oriente. Pero en los años de Hartzenbusch la costumbre de madrugar continúa siendo la misma. No es ya el chichisveo de las jóvenes casaderas y de las que toman malos ejemplos en la Francia de Ninon de Lenclos. Ahora son niños inocentes los que se levantan con la aurora para tonificar sus pulmones en el ambiente salutífero del barrio de Palacio.

Por bajo los arcos de la regia botica se penetra en la Plaza de la Armería. Pudiera llamarse Plaza del Sur, porque a la fachada meridional del Palacio corresponde. En el aspecto arquitectónico del edificio es ésta la fachada y la parte principal. Los arquitectos no pudieron sospechar las razones urbanísticas que han llevado al saliente la vista y el cuerpo más acusados de la espléndida mole. La Plaza de la Armería viene a ser en pequeño la Plaza de San Pedro del Vaticano. Claro que hace falta mucha imaginación. Pero aquello, en rigor, no es una plaza : es un soberbio patio palatino. Las mujerucas van allí los días de invierno a tomar el sol. Llevan consigo banquetas plegables, labor de calceta, el tesoro de pasados recuerdos sobre costumbres y tipos antañones. Las mujerucas de la Plaza de la Armería son viejas. Algunas han conocido a Don Al-

fonso XII. Le han visto pasar en carretela descubierta camino de Palacio. Una cuenta que alguna vez estuvo de incógnito en la famosa taberna de la calle de la Cruzada, allí donde una noche un caballero principal jugó una casa que poseía en la vecina calle de Luzón.

Al caer la tarde las mujerucas suben las empinadas cuestas fronterizas hacia la calle de Lepanto. La fachada del Teatro Real, muy en estilo, no encierra en el interior sino escombros y ruina. ¿Cómo no hablar del Real en un paseo por el barrio de Palacio?

EL TEATRO REAL

Ha desaparecido no sabemos por qué. La ópera, espectáculo de Corte y expresión europea del siglo XIX, murió para Madrid antes de caer la Monarquía, aquel aciago 14 de abril de 1931.

Durante diez años de mi vida yo tuve el oficio de abonado al Teatro Real. No hay localidad que yo no ocupase en la regia sala, con excepción, claro es, de los palcos de la Real Familia y de los oficiales. A la altura del paraíso y a los dos lados del proscenio, dominando los últimos anfiteatros laterales, había unas ventanucas que llamaban las leñeras. Eran unos palcos para familias de luto o que no querían exhibirse. Más que palcos eran habitaciones con amplia ventana sobre la sala y el escenario. Localidad gratuita. Repartía las leñeras el Ministerio que primero fué de Fomento, después de Instrucción Pública y ahora se denomina de Educación Nacional.

El Real, como todo el barrio de Palacio, es moderno. Se inauguró en 1854, con *La Favorita*. Su historia es la misma historia del género musical allí cultivado y del Madrid elegante de Isabel II y la Monarquía de Sagunto. En el interior había dos salas con el nombre de Redondilla. Una de ellas, en el escenario, se destinaba al cuerpo de baile. ¡Cuántas veces he recordado allí los lienzos de Degas! Eran las mismas bailarinas del flin-flan y el tonelete.

El edificio del Teatro Real, donde estuvo instalado el Conservatorio de Música y Declamación, da vueltas por las calles de Feli-

pe V, Arrieta, Plaza de Isabel II, Carlos III hasta volver a la Plaza de Oriente. Por la Plaza de Isabel II se entraba al foro del inmenso escenario. De allí salían en las representaciones solemnes las trompetas de la marcha de *Aida*. Desde la sala se percibía el sonido lejano en una perspectiva de ágora. Toda el alma del Egipto legendario vive en la partitura de Verdi. Pero los trompeteros faraónicos no salen a la calle. El privilegio sólo ha de caberle a Lohengrin, el Caballero del Cisne. Luego veremos de qué modo.

El edificio tiene puertas a todos los parajes públicos mencionados, con excepción de la calle de Arrieta, que antes se llamaba de la Biblioteca, por haber estado nuestro tesoro nacional de libros en un viejo caserón que dejó su solar a la Academia de Medicina.

Frente al antiguo Conservatorio había un rincón digno de una novela de Dickens. Si dábamos con una día nublado y lloviendo hubiérase dicho que nos encontrábamos en Londres y no en Madrid. Era la tienda de un constructor de violines. Llevaba la muestra en francés *Luthier*... En castellano se dice violero, y aunque es Cremona con sus Amatti y sus Stradivarius la metrópoli de esta noble, de esta bella industria, no sé por qué el violero de la calle de Felipe V daba a su despacho un matiz londinense, europeo, de país del Norte. Es que nada hay tan europeo como la ópera, producto del siglo XIX, donde se unen en un punto de arte, de literatura, de teatro y de emoción las varias capitales de nuestro continente europeo, en la longitud geográfica de San Petersburgo a Lisboa.

La Plaza de Isabel II, donde inician los trompeteros egipcios la marcha de *Aida*, tiene en el centro del jardinillo una estatua pequeña. Es el retrato escultórico de Doña Isabel. Erigió el monumento a sus expensas el Comisario de Cruzada D. Manuel López de Santaella, el cual, sin haber llegado a obispo, fué, por la ostentación de su persona, de sus maneras y del ambiente que le rodeaba, un cardenal fastuoso del Renacimiento italiano. Una vez hubo de predicar un sermón de cuaresma y, ataviado con primoroso roquete de encajes venecianos, subió al púlpito en compañía de un monaguillo portador de una bandeja con muchos pañuelos de nipsis y punto de

Escocia. A medida que el orador se exaltaba en una elocuencia fogosa se iba limpiando la frente con uno de aquellos pañuelos, y luego lo arrojaba al auditorio y el que lo recogía se quedaba con él; era un regalo del predicador. La gente, de continuo maliciosa, colocó un pasquín en el pedestal de la estatua :

*Santaella de Isabel
Costeó la imagen bella:
Y del vulgo el eco fiel
Dice que no es santo él,
Ni tampoco santa ella.*

Saliendo de la Plaza de Isabel II, al subir por la de Carlos III y en el ángulo agudo que forma con la de Vergara había un café famoso, ya desaparecido: el Español. Los periodistas le llamaban el café de las crisis, porque quienes hacían información en Palacio telefoneaban desde allí a sus respectivos periódicos sobre la marcha de las consultas y las declaraciones de los jefes de partido. Las crisis eran a la sazón el pan nuestro de cada día. También eran clientes del café Español las coristas y músicos del Real. El establecimiento acabó su historia con el hallazgo de un cuadro famoso. ¿Goya, Velázquez, Murillo?... No sé en qué quedaría el asunto, muy tratado entonces por los periódicos, o si se llegaría o no a declarar el lienzo como del autor de las *Meninas*. Importa poco.

LOHENGRIN, EN LA CALLE

Las capas blancas, como de una Orden Militar, daban a los albarderos aires de Lohengrines. Para ver a Lohengrin en la calle era menester acudir al barrio de Palacio.

Tenían nuestros Reyes para su guarda personal tres cuerpos armados, gala de las milicias palatinas: la Escolta Real, vistoso escuadrón de Caballería que galopaba detrás del coche regio en calles y paseos cuando las personas reales se dirigían a ceremonias

solemnes; los Alabarderos, que decoraban con su presencia y su estupendo uniforme las galerías y las escaleras de Palacio, y, por último, los Monteros de Espinosa, que velaban en la antecámara el sueño de los Soberanos en aquellas horas de prima, de modorra y de alba que clasifica y apunta Salazar de Mendoza, el biógrafo del gran Cardenal de España y del Cardenal Tavera, fundador en Toledo del Hospital de Santa Cruz, a quien el Greco retrató vivo y Berruguete en estatua sepulcral. Recordemos un momento el *Sancho García*, de Zorrilla. Allí está poéticamente relatado el origen de los Monteros de Espinosa. Pensemos en Carlos V de Francia, que creó los Guardias de Corps en 1375. Los arqueros de Corps o arqueros de la cuchilla, que tuvieron su origen en Alemania, en 1496, fueron traídos a España en 1502 por Don Felipe y Doña Juana. La Guardia española la creó Fernando el Católico, en 1504, después de muerta Doña Isabel. Fué su primer capitán el cronista D. Gonzalo de Ayora. Felipe V la transformó por R. O. de 6 de mayo de 1707 en lo que fué llamado con los otros Real Cuerpo de Alabarderos. La Guardia Alemana fué creada por Carlos V, en 1519, y suprimida por Felipe V en 27 de octubre de 1702. El Cuerpo de Guardias de Corps se organizó por R. D. de 12 de junio de 1704, con cuatro compañías: dos españolas, una flamenca y una italiana. En 1716 se reduce a dos compañías: una española y otra italiana. En 1720 se reorganiza con tres compañías: española, italiana y flamenca. Llevaban como distintivo una bandolera galoneada de plata formando cuadretes, cuyo fondo era de color encarnado, para la compañía española; amarillo, para la flamenca, y verde, para la italiana. De aquí, la Guardia Amarilla y la zarzuela de Arni-ches y Celso Lucio, música del maestro Jerónimo Jiménez.

Los Alabarderos defendieron heroicamente las escaleras de Palacio en octubre de 1841, cuando la revuelta acaudillada por don Diego de León, primer conde de Belascoain, la primera lanza del reino, y también por otros generales. Pretendían, con nobles propósitos, apoderarse de la Reina niña Isabel II y de su hermana Luisa Fernanda. Acaudillaba a los Alabarderos D. Domingo Dulce. Los defensores del regio Alcázar acudieron a la estratagema de volcar

unos cuantos sacos de garbanzos en la escalera principal. Los asaltantes resbalaban en ellos y no podían subir. Don Diego de León pagó con la vida su empeño.

El Real Cuerpo de Alabarderos poseía una banda de música. En los banquetes palatinos de gala interpretaba conciertos muy lucidos. Otras veces salía a la calle, tocando públicamente en los entierros con honores de mando en jefe, y era de notar la pericia y perfección en los instrumentos de viento y en los tambores.

El alabardero sale de servicio, rompe filas y anda, nuevo Lohengrin, por las callejas del barrio de Palacio. Envueltos en sus capas blancas, con su perilla de poetas románticos, su estatura de gigantes y lo noble de su prestancia, los alabarderos van a su cuartel de la calle del Factor y ambulan por Lepanto, Ramales, Santiago, Cruzada, Señores de Luzón, San Nicolás... El barrio se siente muy acompañado por la presencia de los alabarderos. Nada es de temer. Ni robos, ni crímenes, ni malas acciones. Hay en el dédalo de todas aquellas rúas, esquinas, plazoletas y encrucijadas una tranquilidad, una serenidad, una confianza de que no disfrutaban otros parajes de Madrid. El pueblo ve a los alabarderos, Lohengrines que andan por la calle, con respeto y cariño... y es un buen pueblo el del barrio de Palacio.

LA ALMUDENA

La plaza Sur del regio Alcázar, allí donde van las buenas abuelitas a tamar el sol en invierno y los niños se entregan a juegos tranquilos, vigilados por sus madres o sus niñeras, estaba antes cerrada hacia el Mediodía por un arco muy reproducido en estampas y grabados antiguos. Era el arco de la Armería. Se derribó en los primeros años de la última Regencia española, y al presente una verja separa las dos plazas. Un poco más al Sur se encuentra la Almudena, adonde iba a ser trasladada la catedral de Madrid. La cabeza de España se ha quedado sin catedral. La diócesis se creó muy tarde, en el Concordato de 1851, y transcurrieron bas-

tantes años antes de que hubiese obispo. El primero, D. Narciso Martínez Izquierdo, fué asesinado por el cura Cayetano Galeote, el domingo de Ramos de 1886, cuando entraba solemnemente en San Isidro, de la calle de Toledo, a celebrar la misa y bendición de palmas. La antigua iglesia de los jesuitas fué convertida en catedral. Pero se pensó que la importancia de Madrid, el incremento que la población tomaba, el mayor brillo de la Corte y de la diócesis, bien merecían un templo catedralicio semejante a los que se han hecho famosos en el mundo, sin exceptuar a nuestra nación. ¿No admiran todos las catedrales de León, Toledo, Burgos, Sevilla, Oviedo y hasta Valladolid, comenzada por Herrera, el arquitecto de El Escorial? ¿Por qué Madrid no iba a tener un monumento análogo, gloria del tiempo en que fuera construído y envidia de las generaciones venideras? Sí. Madrid debía tener una catedral. Elijióse el sitio junto a Palacio, allí donde se veneraba la imagen de la Almudena, y todo se dispuso para que en un transcurso de años relativamente corto contase Madrid una catedral digna de su nombre, de su capitalidad, del tono artístico que empezó a tener al ser aquí trasladada la Corte por Felipe II, y que a no dudar continuaría aumentando conforme a la ley del progreso indefinido, a la sazón muy cacareada por los liberales. El arquitecto encargado de la obra fué el marqués de Cubas. Preocupaban entonces las ideas de Francia, y si en el país vecino triunfaba o habría triunfado el sistema arquitectónico de Viollet-le-Duc, teníamos en España a un representante de la arquitectura gótica. El arte catedralicio de la Edad Media cayó en desfavor durante los reinados, más o menos clásicos de los tres Luises, aproximadamente desde 1650 hasta el año fatídico de 1789. Los descendientes de San Luis eran coronados y consagrados desde antiguo en la catedral de Reims, maravilla del gótico, como lo es en España León. Pero como el estilo estaba en decadencia y se consideraba bárbaro, al ser coronado Luis XVI fueron cubiertas las paredes y la disposición de columnas y ojivas con una decoración de madera de estilo clásico. El romanticismo y *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo, vuelven del revés las ideas y los gustos. La Edad Media, con su feudalismo y sus burgra-

ves, triunfaba de nuevo en la literatura y en las bellas artes. Es necesario volver al gótico, incluso para edificios no religiosos. De ello se encarga Viollet-le-Duc. Arquitecto, arqueólogo y escritor, tiene en su activo literario un famoso *Diccionario de la Arquitectura*, donde se olvidó de poner la palabra fachada. Consigna el hecho Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas*. El marqués de Cubas fué un seguidor entusiasta de Viollet-le-Duc, y al serle encargada la catedral de la Almudena imaginó fabricarla en el más puro estilo gótico del siglo XIII. Cada época tiene su estilo, según las circunstancias y condiciones de vida de uno y otro período y según las modas a que se van ajustando los materiales y la mano de obra. Una catedral gótica en el siglo XIX, sobre ser un *pastiche* y una cosa inadecuada por completo a los tiempos en que se levantaba, exigía gastos considerables. La imitación, la copia, no llevan el genio de la época. Y Madrid se ha quedado, hasta el presente, sin catedral, por haber sido muy vastas y costosas las ambiciones del arquitecto director. Por la bajada de la cuesta de la Vega hay un gran monumento inacabado. La Basílica de Covadonga, en Asturias, de estilo románico, concebida y llevada a efecto feliz con las mismas normas y procedimientos imitativos de la Almudena, podría significar una prueba contraria a cuanto digo. El argumento acaso resulte demasiado general; pero el hecho es que Madrid tiene que acogerse todavía, para las solemnidades religiosas y litúrgicas pontificales, al templo jesuíta de la calle de Toledo, medio derruido en la revolución roja de 1936, y que, con reparaciones de obras urgentes, sigue llenando su cometido de dar a la diócesis de Madrid-Alcalá la catedral que no tiene.

Se denominan aquellos lugares y la iglesia que los preside La Almudena. La Virgen así llamada compartió desde muy antiguo, con la de Atocha y San Isidro Labrador, la devoción de los madrileños. Pero ni Atocha viene de atochar ni Almudena de almud o medida de trigo. Peñasco y Cambronero, en sus *Calles de Madrid*, libro muy influido en sus datos y juicios por otros autores, muy especialmente por Capmani, consagran algunas líneas a este propósito. La autoridad invocada de López de Hoyos y Vera y Tar-

sis no ha servido para que algunos filólogos muy competentes en lengua arábica hayan dicho, con razón, que así como la palabra Medina quiere decir ciudad, Almudena vale tanto como ciudadela. Y aquí queda confirmado lo que al principio hube de apuntar: que el barrio de Palacio es cabeza y núcleo de Madrid.

Fronterizos a la catedral hay unos pocos palacios. Uno de ellos perteneció al Infante Don Fernando de Baviera, y antes al marqués de Castro Serna, que reunió entre sus muros una magnífica y valiosa colección de arte con cuadros, porcelanas y tapices, algunos de ellos incluso superiores a los mismos de Palacio, como los góticos de *El Padre Eterno* y de *Santa Ursula*.

Los jardines de la cuesta de la Vega, con su aspecto melancólico, debieran ser convertidos en jardines a la inglesa, análogos a los que decoran en sus estampas las novelas de Bacculard d'Arnaud Loaysel de Treogatte. Se presta el sitio, la situación, los declives, las praderas, los diferentes pisos que causa el desnivel. Incluso alguna glorieta pudiera darnos pensamientos de finitud y eternidad, como los que animan a *Los pastores de Arcadia* en el lienzo tan escultórico de Nicolás Poussin.

Volvamos a la entrada, o, por mejor decir, a la salida de la calle Mayor. Ante los ojos aparece el edificio de los Consejos.

LOS CONSEJOS

Don Cristóbal de Sandoval y Rojas era hijo del primer duque de Lerma, D. Francisco, valido de Felipe III, que caído en desgracia obtuvo del Papa Paulo V el capelo de cardenal, para no morir ahorcado, según la pública conseja. El mismo Uceda, en unión del padre Aliaga, maquinó la ruina política de su padre el de Lerma, que le había introducido en Palacio y le había llenado de honores.

Ante el Palacio de los Consejos nos invade el ánimo todo un capítulo de la historia de España. Sin conocerla es muy difícil andar por calles y paseos españoles, pues falta el espíritu de los mo-

numentos y de los lugares que se ofrecen a nuestra vista. La conjuración contra Lerma ha de tener lectura preferente en el tomo segundo de la *Continuación a la historia de España del P. Mariana*, que compusieron D. Antonio Cánovas del Castillo y D. Joaquín Maldonado Macanaz. Entraron en ella, además de Uceda y el padre Aliaga, el conde de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, que fué después el Conde-Duque; el franciscano Juan de Santa María, autor de la *República y política cristiana*, libro que obtuvo en su época mucho favor; el jesuita padre Florencio, bastantes otros... Entre los defensores de Lerma, sin contar a D. Rodrigo Calderón, nombrado en 1614 marqués de Sieteiglesias, debe ser citado D. García de Pareja, autor de unas curiosas *Memorias* que sirvieron a Lesage para componer su *Gil Blas de Santillana*, luego traducido a nuestro idioma por el padre Isla. Después de haber fracasado sus intentos de continuar en el Poder, Lerma y su yerno el conde de Lemos, el famoso protector de Cervantes, abandonaron la Corte y se retiraron a la vida privada en sus Estados. El duque salió de Palacio el 4 de octubre de 1618. La dignidad con que subió a su carroza y abandonó los públicos negocios, que tan gratos y fructíferos le habían sido, es tema moral sobre el que han formulado historiadores y moralistas juicios de la mucha enjundia y ejemplaridad. Uceda gobernó a España desde entonces hasta la muerte del Rey Felipe III, acaecida el 31 de marzo de 1621. Con Felipe IV se inicia en seguida el valimiento de Olivares y la muerte de D. Rodrigo Calderón con el orgullo en la horca del conocido proverbio. A Uceda se le formó proceso y se le desterró a la villa que da nombre a su ducado, en la provincia de Guadalajara, en lo que es hoy partido judicial de Cogolludo. Interrumpido el proceso fué nombrado virrey de Cataluña, y reanudada contra él la causa sufrió prisión en Alcalá de Henares, donde murió el 31 de mayo de 1624, un año después que su padre, el duque de Lerma.

El Palacio de los Consejos es el palacio de Uceda. Tuvo por arquitecto a Juan Gómez de la Mora y se construyó conforme a unos propósitos de lujo y suntuosidad no llevados luego a la magnificencia correspondiente. La desgracia de Uceda influyó mucho en las vi-

cisitudes del palacio. Más que edificio notable, en el orden de la arquitectura y la belleza ornamental, los Consejos forman un caserón. Allí murió Doña Mariana de Austria, la segunda mujer de Felipe IV, madre de Carlos II, el 16 de mayo de 1696. Desde 1717 se destinó la casa a los Reales Consejos. De aquí la denominación con que se la distingue.

EL SACRAMENTO

El Duque de Uceda, D. Cristóbal de Sandoval y Rojas, fundó, junto a su palacio, un convento de religiosas que orasen por él, por el bien de España y por la familia del fundador. La desgracia de Uceda trajo pleitos largos y costosos entre el antiguo convento y la casa ducal. Se comienzan las obras ya reinando Carlos II, ajustándose al dictamen de una junta de arquitectos, en la que intervinieron el jesuíta Hermano Francisco Bautista, fallecido en 1679; Manuel del Olmo y Bartolomé Hurtado. La construcción de la iglesia se comenzó en 1671. No terminó, a lo que parece, hasta 1744, ya muy adelante el no corto reinado del primer Borbón. Es una iglesia grande, un poco escondida en aquella plazoleta sin nombre a la que desemboca la calle del Sacramento, la cual de la iglesia y del monasterio de Bernardas ha tomado denominación. En el templo hay pinturas de los hermanos Luis y Alejandro González de Velázquez. El espíritu de San Benito, con la reforma de San Bernardo, se muestra en la iconografía de imágenes, retablos, pechinas, altares... No pocos santos y santas de los frescos superiores se encuentran sin identificar de una manera segura, aunque es presumible que se trate de Santa Isabel Abadesa, Santa Catalina de Suecia, Santa Gertrudis la Magna, Santa Umberina, Santa Escolástica... De las riquezas que encierra en la clausura el monasterio ha tratado don Elías Tormo en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. El monasterio sufrió ruina total en las devastaciones del tiempo rojo (1936-39), y ha sido reconstruido por Regiones Devastadas. Después de la liberación encontró entre los lienzos de las

Bernardas don Roque Pidal y Bernaldo de Quirós nada menos que un *Cristo* de Velázquez firmado que no es el famoso de San Plácido, hoy en nuestro Museo Nacional, al que dedicó un poema don Miguel de Unamuno. Velázquez no solía firmar sus pinturas. Jamás puso su nombre en sus lienzos inmortales. Beruete señala tres excepciones: el *Inocencio X*, un *Felipe IV* que hay en Londres y la famosa *Mano*, que perteneció a la Reina Regente Doña María Cristina de Austria, segunda mujer de Alfonso XII. El paseíto por estos alrededores palatinos no tolera inmiscuirse en las discusiones que el cuadro ha promovido. Los argumentos de don Roque Pidal parecen estar defendidos con el documentadísimo folleto de don Francisco Javier Sánchez Cantón *Cómo vivía Velázquez*.

En el Sacramento han solido reunirse los capítulos de algunas Ordenes Militares. Hoy es asiento de los Sanjuanistas, es decir, de la Orden de San Juan de Jerusalén o de Malta, de 1048, a la cual va todo el empaque y distintivo político de las Cruzadas. No es únicamente española, como la de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; es universal. En sus estatutos, a las naciones se les llama lenguas. El siglo XIX dió a la Orden unos caballeros de gracia que con el tiempo han desaparecido. Fué un brote democrático. Claro que nada tienen de análogo estos caballeros de gracia con el centenario monedés Jacobo de Gratis, fundador de la iglesia de su nombre, ya lejos del barrio de Palacio, y protector en sus casas de la calle del Clavel de los Clérigos Menores de San Francisco Caracciolo y Juan Antonio Adorno, que tuvieron el convento e iglesia del Espíritu Santo en el solar que hoy ocupan las Cortes Españolas, antiguo Congreso de los Diputados.

El Sacramento, en la amplitud de su nave, es una iglesia recoleta. Gusta acogerse a su soledad cuando cae la tarde y suena el Angelus vespertino en los campanarios, ya en el propio, ya en el de los templos vecinos, como la Almudena y los Redentoristas de San Justo, junto al Palacio Episcopal madrileño, construido según los planos y estilo de Bonavia, por el Cardenal-Infante Don Luis de Borbón, hijo de Felipe V y de su segunda esposa, Isabel de Farnesio. La luz, ya escasa, tamizada en lo alto y mezclada con la de

algunas lámparas eléctricas y bujías, en el interior de la nave, pone allí un ambiente de melancólico romanticismo, muy a propósito para que la oración se adorne de sueños. Es la hora de la conciencia tranquila, tras una jornada de labor. Es el alma que se eleva a lo alto, confiada en que ha de vencer a la conjuración de los malvados y las asechanzas de los hombres que practican la iniquidad, como dice el salmista. Es el repliegue del espíritu sobre sí mismo, semejante al de la hora de la muerte, al que no nos acompañan nuestros deudos y allegados. Es la soledad del mundo en la compañía de Dios. ¿Quién no ha tenido esta dulce sensación en el Sacramento y en los Ligorianos, casi fronterizos, siguiendo la calle hacia su entrada oficial y municipal? Pasa a nuestro lado una viejucha de las que charlan en la Plaza de la Armería. Ha visto ponerse el sol por los arcos del Campo del Moro y antes de retirarse a su hogar del barrio de Palacio quiere rezar su rosario en el Sacramento y rememorar, con las últimas luces del crepúsculo, que «el Angel del Señor anunció a María y concibió del Espíritu Santo».

En la plaza sin nombre echamos de menos el monumento que recordaba las víctimas de la bomba de Morral, cuando casó Alfonso XIII, el 31 de mayo de 1906. Atravesamos la calle Mayor. Nos aguarda uno de los lugares más pintorescos de Madrid: los recodos y callejas del Biombo.

LAS CALLEJUELAS DEL BIOMBO

Hay plaza del Biombo y plaza de San Nicolás. ¿Cuál de las dos es más bonita? Forman una y otra como los núcleos centrales de unas encrucijadas muy pintorescas, de mucho carácter en la historia del urbanismo y aun en la historia de las costumbres que los lugares públicos reflejan. Del Biombo hay calle, plaza, callejón y travesía. San Nicolás da nombre a una calle y a una plaza. Señores de Luzón, Factor, Juan de Herrera, Calderón de la Barca forman a dos pasos de este dédalo algo así como las fibras terminales de un te-

jido de neuronas. Los libretistas de la popular zarzuela *Luisa Fernanda*, Guillermo Fernando Shaw y Federico Romero, han colocado la acción del primer acto en otro rincón de ensueño, ya más próximo a la calle de Segovia, a mano derecha conforme se bajan los escalones de la calle del Conde hacia la fuente de la Cruz Verde. Es la plaza de San Javier. Resulta todavía más colorista y más bonita esta serie de rincones de zig-zags y de callejas cortas y retorcidas a que dan remanso las plazas del Biombo y San Nicolás. La primera de estas denominaciones viene de las líneas que fueron a disponer todas estas vías. Parece que nos encontramos en los tiempos de los Felipes III y IV. Junto a una verja del piso bajo, casa a la malicia, hay un capitán de los Tercios de Flandes que deja ver, levantando un poco la capa, una tizona de cazoleta, la cual muchas veces puso en fuga a bravucones varios, descendientes del *miles gloriosus* plautino. Allí, en una revuelta, vigila sus pasos y actitudes otro galán, o desdeñado o víctima también de los jugueteos con que una linda damisela pone sus corazones a testimonio de rendido amor. Riñen por los bellos ojos de la dama los dos amadores. Uno de ellos cae herido, muerto quizá. Hay celos y hay puntillos de honra como en las piezas teatrales de Calderón, que da nombre a una calle vecina. Hay discreteos a lo Moreto, profundidades del alma mujeril análogos a los que dieron a Tirso de Molina fama de psicólogo avisado y forjador de caracteres. Hay chispa en los recursos de paradoja y retruécano, cual si fueran pensados y puestos en acción por la *Discreta enamorada*, de Lope. ¿No puede encontrarse aquí la casa de la sangría del *Médico de su honra*? ¿En qué ha de envidiar esta serie de encrucijadas al barrio de Santa Cruz de Sevilla?

Allí se guarda el monumento más antiguo de Madrid: la torre mudéjar de San Nicolás, verdadero minarete moro, que atestigua linaje vetusto. San Nicolás, con sus perceptibles superposiciones de estilos y métodos arquitectónicos, es una iglesia digna del lugar en que se halla. Las monjas de Constantinopla han dejado el perfume de su poesía. Rendían culto a un San Nicolás bizantino del siglo v,

a quien honró Justiniano dedicándole un templo en la ciudad del hijo de Santa Elena, a orillas del Bósforo. San Nicolás fué una de las primeras parroquias de Madrid. El templo, de enorme interés, aunque muy olvidado y bastante desconocido de los madrileños, pertenece a la Orden tercera de los Servitas. Del siglo vi justiniano pasamos al xiii, de San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán. La alta Edad Media conocía los monjes: los negros de San Benito o de Cluny; los blancos de San Bernardo o del Cister. La Etnarquía Cristiana de Inocencio III produce los frailes y, entre ellos, los Servitas, fundados por siete nobles florentinos que han obtenido hace poco los honores de la santidad y que llevan unos nombres bastante complicados y difíciles de retener en la memoria. Constan en pocas publicaciones. Son los siguientes: Bonifili Monaldi, Bonagiunti Manetti, Manettus del Anttela, Amideus Amidei, Uguccio Uguccioni, Sostenius de Sostegni y Alexis Falconieri. Como en todas las comunidades del siglo xiii, hay en los Servitas frailes, monjas de la Orden Tercera. Nunca hubo en España frailes servitas. Monjas, sí. Tuvieron su convento en la calle de San Leonardo, frente a la Parroquia de San Marcos, fábrica de Ventura Rodríguez. Hoy están instaladas en Quiñones, entre el monasterio de Monserrat, de los Padres Benedictinos, y el vasto caserón de las Comendadoras de Santiago. Lo que sí tomó asiento en la iglesia de San Nicolás fué la Orden Tercera de los Servitas. El templo, bien estudiado, desde su torre mudéjar y su traza musulmana, probablemente anteriores de la conquista de Madrid por Alfonso VI, hasta las imágenes y arreglos del xviii y el xix, puede ser ejemplo curioso de historia de la arquitectura y de cómo las nuevas tendencias de construcción y estilo se van adaptando a las antiguas, sin anularlas jamás. El San Nicolás de los Servitas es un palimpsesto de varias escrituras, cuádruple o quintuple.

EL BARRIO DE SANTIAGO Y EL MONASTERIO DE LA ENCARNACION

La calle de los Señores de Luzón nos conduce a la plaza de Santiago. La casa de los Lodeñas, donde estuvieron las oficinas de la Diputación Provincial, edificio hoy derribado y convertido en una casa de vecindad de porte moderno, nos trae a la memoria el *Viaje del Parnaso*, de Cervantes. El manco sano no es aquí profeta al decir que en el ingenio del joven Fernando de Lodeña «Apolo deposita sus glorias para el tiempo venidero». ¿Quién conoce hoy a Fernando de Lodeña? La casa que se nombra con su apellido volvía a la calle de la Cruzada, en uno de cuyos caserones vivió y murió Núñez de Arce.

La iglesia y parroquia de Santiago, construída entre 1810 y 1820, obra arquitectónica de Juan Antonio Corvo, tiene escaso interés en su neoclasicismo particular. El *Santiago Matamoros* del altar mayor es una pintura de Francisco Rizi. En el templo se rinde culto a la mercedaria madrileña Beata Mariana de Jesús (hay otra en Quito, en el Ecuador), que perteneció por bautismo y vecindad a la feligresía y desde 1562 a 1624 alcanzó los reinados de los tres Felipes, II, III y IV.

Santiago — hoy denominada de Santiago y San Juan — es una de las seis parroquias que había en Madrid en el siglo XII, todas ellas apiñadas cerca del Regio Alcázar. Eran estas seis parroquias: Santiago, San Juan (hoy unida a Santiago), San Miguel de la Sagra, San Nicolás, Santa María y el Salvador.

En aquellos contornos, sin excluir la calle de Santa Clara, donde una inscripción recuerda el suicidio de Larra, el martes de Carnaval, 13 de febrero de 1837, ha solido tener ambiente y escenario la verbenas del Santo Patrón en los últimos días de julio. Era una nota colorista en el barrio. En noches de calor, cuando ya las clases elevadas de la sociedad inician su veraneo, cuando las imperiosas vacaciones, como dijo Silvela, dejan reducido Madrid a una provincia de poca importancia, el buen pueblo del barrio de Palacio se congregaba por aquellas aceras y plazoletas, incluso la plaza de

Oriente, para dar el ánimo a la expansión popular y artística que con el nombre de verbena se conoce. Daban símbolo a la fiesta aquellos versos de Valle Inclán :

*Y la tabernera,
Sentada en la acera,
Abre el pericón,
Como la suprema
Cifra del problema
De la ostentación.*

La calle de San Quintín nos conduce al Monasterio de la Encarnación. En él vive la imagen, el recuerdo, el hálito de la Reina Doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III. Congréganse bajo sus muros monjas agustinas, lo mismo que en Santa Isabel, otra fundación de la Reina Doña Margarita. Con su atrio, a manera de un compás sevillano, que encuadra las paredes laterales, el pórtico y una verja; con la majestad de las tribunas, que recuerda las Descalzas Reales; con los mármoles y bronce, que dan al templo regia suntuosidad, la Encarnación, casi próxima a Palacio, es un edificio y un rincón madrileño pletórico de arte. Si alguien pudiera negar alguna vez que Madrid había sido Corte y Corte de austeridades y piedad, signo de verdadera elegancia, el Monasterio de la Encarnación daría el mentís rotundo a todo el que quisiera ver y contemplar calles y monumentos.

Sobre la muerte de Doña Margarita de Austria, en 1611, abundan las consejas. Quevedo dice que «murió de malos y no de males». En el proceso de D. Rodrigo Calderón hay atisbos y noticias curiosas acerca del suceso.

Nació Doña Margarita un día de Navidad, el 25 de diciembre de 1584. Se desposó, teniendo sólo catorce años, con Felipe III en 1598 y abandonó este mundo, en la fecha indicada, a los veintisiete de su edad. Murió a los pocos días de haberse colocado la primera piedra de la Encarnación. El Monasterio y la iglesia son ricos en obras de arte, en devociones y hasta en milagros, como el de la

sangre de San Pantaleón, que se licua todos los años el 27 de julio, lo mismo que la de San Jenaro, en Nápoles. El espíritu de Doña Margarita de Austria vive en la Encarnación y, asimismo, en las otras Agustinas de Santa Isabel y quién sabe si en el Palacio de la Nunciatura Apostólica, que construyó para su morada D.^a Inés de Vargas y Trejo, Marquesa de Siete Iglesias, mujer de D. Rodrigo Calderón.

Unos pasos hacia al Norte y hallaremos el Palacio que fué del Senado, sin relación alguna, pese al decir del vulgo, con D.^a María de Molina, la mujer de Sancho IV, que incorporó Fray Gabriel Téllez a la escena hispánica. También el palacio de Godoy, hasta hace relativamente poco tiempo Ministerio de Marina, derribado en la parte que daba frente a las Reales Caballerizas, es éste un edificio muy mazacote y muy característico de la época de Carlos III, desaparecido a raíz del advenimiento de la República. Guardábase allí el tesoro de las carrozas de gala, un verdadero museo del coche, y el amplio guadarnés, extendido a todo el límite norte por el paseo o cuesta de San Vicente, hoy de Onésimo Redondo. Conservaba el guadarnés uniformes y arneses de interés extraordinario.

El solar de Caballerizas se ha destinado a jardines. Junto a su verja, y mirando a Occidente, se ve la puesta del sol. La fantasía, el recuerdo, la historia concretan, unifican, ordenan en una serie de capítulos armónicos, la emoción del barrio de Palacio. Arriba, cercanas a las techumbres, la garita del diablo y la punta del diamante dicen de noches gélidas, soportadas por la guardia con estoico heroísmo. La primavera trae olor a las lilas de la Casa de Campo. Suena la campana de San Nicolás de los Servitas desde su torre mudéjar. Entréganse a los rigores de la reforma las Agustinas de la Encarnación. Suben las mujerucas da la plaza de la Armería las empinadas cuestas de la calle de Lepanto. Buscan los arqueólogos en la plaza de Ramales la sepultura de Velázquez. Atacan los roedores la espléndida caja de madera, inmenso violín, que fué sala del Real con sus jamás igualadas condiciones acústicas. Refléjase el sol matutino en los balcones del Alcázar de la Plaza de Oriente.

Todo es paz y equilibrio en el ambiente templado de un anochecer primaveral. Y acaso, como un eco, viejas cadencias, como una prolongación a las niñas actuales de lo que cantaban sus bisabuelas cuando murió la Reina Mercedes, brota de improviso la elegía de la esposa muerta :

*Los faroles de Palacio
Ya no quieren alumbrar;
Porque se ha muerto Mercedes
Y la llevan a enterrar.*